

tento de poner al día la doctrina... Sus ideas sobre la "economía de transición" y la función de la economía política asustarán a muchos lectores. Su exposición está hecha en el brillante y provocativo estilo de los marxistas clásicos"

El juicio del sesudo semanario inglés no es exagerado. Creemos que la próxima versión castellana de esta obra —tradicional e innovadora a la vez— será acogida con verdadero interés. Ciertamente, sorprenderá a muchos leer que "los comunistas marxistas reivindican el honor de ser la primera categoría de hombres de ciencia que trabajan conscientemente para poder suprimir su propia profesión".

Las notas y referencias bibliográficas manejadas en la obra llenan 165 páginas de las 1.071 que componen los dos volúmenes.

JOSÉ BLASCO

PIERRE MENDES FRANCE: *La République Moderne*, Gallimard, París, 1962, 253 pp.

Pierre Mendès France, ex-Primer Ministro francés y jefe del radical-socialismo durante la IV República, se decidió a hacer algo que deberían hacer todos los políticos: recorrer su país, despaciosamente, y hablar con todo el mundo— hombres y mujeres, jóvenes y viejos, patronos y obreros, campesinos y gentes de la ciudad, derechistas e izquierdistas—, con el propósito de recoger datos vivos y auténticos de los anhelos, los problemas y los desengaños del pueblo. Mientras que otros políticos, también desplazados por De Gaulle, continuaban discutiendo en la Asamblea Nacional —en sus contadas sesiones—, o intrigando en los "círculos políticos" de París, Mendès France dedicaba todo un año de su vida a conocer Francia. De ese largo viaje de exploración, Mendès France sacó una información copiosa con la que ahora ha hecho un libro, "La République Moderne", que trata de ser

guía de una renovación política francesa.

En primer lugar, Mendès France reduce a cuatro puntos fundamentales los sectores en que existe unanimidad casi total entre los franceses; sectores, desde luego, de carácter negativo; 1.º Todo el mundo tiene conciencia del carácter provisional del régimen degolista y hablan "de lo que vendrá luego"; 2.º, existe inquietud por el futuro, ya que todos sienten el peligro de una guerra civil; 3.º, nadie quiere oír hablar de un retorno a la IV República, que dejó un recuerdo de impotencia. (No se desea una vuelta a la "normalidad" de que hablan algunos políticos viejos, y ni siquiera el Partido comunista insiste ya en la reinstauración del régimen anterior); 4.º, pero esa oposición a la IV República no significa que los franceses deseen por tiempo indefinido un régimen de poder personal.

En este punto —dice Mendès France— comienza el problema. ¿Qué régimen futuro es el más aceptable y el más adecuado a esta época y a la realidad íntima de Francia? El ex jefe del Gobierno francés no abdica de su formación democrática y no aconseja un régimen dictatorial. Considera Mendès France que es posible crear en Francia un sistema moderno y adecuado a la realidad. ¿Cómo?

Aquí es donde el libro de Mendès France comienza a interesarnos a todos directamente, porque parte de una consideración que es fundamental en cualquier país: la consideración de que la democracia no es la ejecución vacía, por parte de los ciudadanos de una serie de actividades formularias, sino la participación activa en el gobierno del país. No se trata —dice Mendès France— de votar episódicamente para delegar el poder popular en manos de uno o de varios elegidos y seguidamente desinteresarse, abstenerse, guardar silencio durante cinco años. La democracia —añade— "es la actuación con-

tinua del ciudadano, no sólo en los asuntos del Estado, sino también en los de la región, del municipio, de la cooperativa, de la asociación, de la profesión”.

Esta afirmación es el eje de la teoría política de Mendès France en la actualidad, y de ella va a sacar una serie de conclusiones interesantísimas. Interesantes, no sólo por su contenido positivo en las actuales circunstancias francesas, sino porque suponen una transformación radical de la estructura política del Estado francés y de todos los Estados hechos a semejanza del francés, en cuanto se relaciona con el centralismo administrativo, político y económico.

Y he aquí que Mendès France, que aceptó en la IV República toda la herencia del centralismo liberal del siglo XIX, se declara ahora partidario de la descentralización en todos los órdenes: administrativo, social, político, económico, cultural... No vamos a recoger aquí las propuestas concretas que hace con vistas a la estructuración del Estado francés. Basta con señalar sus postulados fundamentales. En primer lugar, se declara partidario de una doble Cámara legislativa —política y económica—, con objeto de que en esta última tengan representación adecuada las fuerzas económicas: empresarios, sindicatos y cooperativas. Es curioso ver cómo resurge ahora no sólo en Francia, sino en otros países europeos, un movimiento que tuvo gran importancia en la Gran Bretaña en el período de entre guerras: el movimiento del control obrero, o “workers control”, cuyos principales formuladores también defendían la creación de un Parlamento Industrial, en sustitución de la Cámara de los Lores.

Mendès France examina a continuación los problemas económicos del mundo moderno y decide que es indispensable que exista una planificación económica nacional; pero que no sea obra de un equipo de eco-

nomistas acomodado en las oficinas de un Ministerio dispuestos a aplicar a la totalidad del país un plan preconcebido. Mendès France recomienda una planificación orgánica hecha desde abajo. No sé si los socialistas franceses van a estar muy de acuerdo, pero lo cierto es que demuestra muy buen sentido cuando evita caer —como otros caen— en la trampa del dogmatismo planificador. Mendès France sabe aplicar a la ordenación económica nacional la experiencia recogida por los industriales europeos, que han llegado a la conclusión —como no hace mucho decía uno de ellos— de que “una gerencia eficaz es el arte de saber crear interlocutores responsables y de coordinar sus acciones, pero dejándoles siempre la iniciativa; y que la primera condición de la productividad es la de estructurar las actividades en una pirámide de centros de responsabilidad autónomos”. No atender a las enseñanzas de esa experiencia es fatal; no sólo para el jefe de empresa que continúa empeñado en firmar todos los cheques y leer toda la correspondencia, sino también para el departamento ministerial que no permite la recolección del trigo en una región mientras no llegue la fecha oficial de hacerlo, o que haya de autorizar la renovación de un pupitre escolar en una parroquia rural.

Mendès France se dió cuenta, en el curso de su exploración, del valor que tienen las organizaciones de acción económica regional, creadas en Francia hace algunos años.

También defiende Mendès France una revitalización del sindicalismo con objeto de que el trabajador tenga conciencia de su “participación” en la vida económica del país. Este punto resulta de gran importancia en esta época, porque, por ejemplo, la huelga de los obreros siderúrgicos italianos, ocurrida en otoño de 1962, no responde al modelo clásico de huelga para obtener aumentos de salarios. Los obreros italianos se negaron a aceptar una paz laboral basada



únicamente en un incremento de salarios. "Lo que queremos —dijeron— es *participar* en la formulación de la política de producción de las empresas y en la orientación de la economía nacional".

Pero Mendès France, en los últimos capítulos de su libro, vuelve a insistir en el punto que más nos interesa a los europeos: en la necesidad de revitalizar las comunidades sociales y económicas primarias; es decir, el municipio, la región, la cooperativa local y —cómo no— el individuo. Dice Mendès France que es preciso realizar una "revolución regional", que devuelva a la región los poderes que hoy no tiene: poderes económicos y administrativos. Y en la conclusión de un capítulo dedicado a la vida regional dice categóricamente que habrá necesidad de renunciar "a la identidad de estructuras y reglas que hoy presiden todas las decisiones particulares dentro de cada región, cada municipio, cada universidad. Cuando en París se adopta una resolución, es normal que el funcionario, o funcionarios, que la formulan impongan unas reglas uniformes para las que, en el mejor de los casos, no pudieron tener en cuenta más que un número limitado de modelos. Solamente en el seno de la región se pueden idear soluciones adecuadas" Mendès France, enfrentándose con toda la tradición política del Estado francés, acepta, expresamente una frase reveladora publicada hace unos meses por el "Club Jean-Moulin", en el libro "L'Etat et le Citoyen": "La democracia local es una modalidad irremplazable de la educación popular".

El Club "Jean-Moulin" considera que las enfermedades del Estado moderno —conservadurismo y totalitarismo— proceden del retraso de los ciudadanos, más que del desarrollo de la técnica y la organización. Es decir —cosa que ya se ha señalado en

muchas ocasiones—, que el progreso técnico no tiene contrapartida en el progreso humano y social. La única solución para este retraso está en que los hombres participen en la vida colectiva política y económica; y el campo más apropiado para participar, sin que tengan que recibir una formación especial, es el de las actividades "a escala humana" en el seno de las comunidades básicas, o "unidades de vida social", como las llama Mendès France. Ahora bien, esa participación presupone que las "unidades de vida social" tengan fuerza en la organización de la vida política nacional. Si los individuos no "participan" por pereza espiritual, corren el riesgo de caer nuevamente en manos de los pretendidos "especialistas" de la cosa política, divorciados de la realidad social. "La existencia de círculos, de cooperativas, de agrupaciones representativas —dice Mendès France— constituye, frente al poder central, una red de poderes de compensación, que impone límites a la invasión burocrática".

El político francés cree que en su país existe un movimiento espontáneo, que tiende a aglutinar núcleos sociales de "representación paralela", y que coincide con la tendencia a la "socialización", que observaba la encíclica "Mater et Magistra": "... "La socialización es uno de los aspectos característicos de nuestra época... Es la tendencia a la asociación con el fin de alcanzar los objetivos que están más allá de la capacidad y de los medios de que pueden disponer los individuos". Pero esa socialización tiene que entenderse como movimiento espontáneo de la sociedad, que comienza a tener conciencia propia, y no como programa del poder central, que nunca podrá producir una socialización, sino una nacionalización o estatización.

RAMÓN LUGRÍS